

La trayectoria de George Orwell

Por el Académico de Número

Excmo. Sr. CONDE DE MOTRICO (*)

Me correspondió hace unas semanas abrir y moderar el debate que convocó en Estrasburgo, en el Consejo de Europa, a cerca de doscientas personalidades europeas y americanas del mundo de la cultura, de la política y de la ciencia, en torno al tema orwelliano, que sigue fascinando al hombre de Occidente y continúa, expresamente prohibido, en las naciones del Este europeo, como fruta peligrosa del árbol del pensamiento. De cuantas predicciones imaginó aquel británico que se llamó Eric Blair, la única que no se le ocurrió formular fue la de que su obra maestra, "1984", se convertiría precisamente en ese año en el "best-seller" mundial, con un millón de ejemplares vendidos según las previsiones estadísticas. Todavía hoy, las lecturas de la parodia política inventada por el escritor inglés son diversas y contradictorias. Hay quien interpreta el relato novelesístico como una implacable disección del sistema implantado por Stalin y por Hitler y continuado, con variantes accesorias y continuidad esencial, hasta nuestros días. Otros, piensan que es una grave advertencia sobre los riesgos del capitalismo creciente del poder en la sociedad moderna. Las opiniones chocaron en la discusión abierta. Era difícil llegar a conclusiones precisas. Encauzar una asamblea de esta naturaleza resulta empeño más delicado que presidir una cámara de representantes políticos en la que las etiquetas partidistas permiten adivinar el juego dialéctico. Los foros intelectuales son ricos en sorpresas y en opiniones originales. La libertad de expresión se convierte en un ejercicio de sugerente interés para todos. Quizá la más acertada y simple observación de la jornada fue la de que un encuentro semejante no se podía intentar siquiera,

(*) Disertación en Junta del martes, 10 de abril de 1984.

en los extensos territorios en los que el despotismo, en cualquiera de sus versiones, es utilizado como un sistema de gobierno a lo largo y lo ancho del planeta que habitamos.

Quisiera hacer esta tarde una breve reflexión sobre la trayectoria del hombre Eric Blair, al que se debe esta inmensa conmemoración póstuma que ahora se celebra en muchas ciudades y capitales del mundo democrático. La biografía de un escritor es, en ocasiones, una clave importante para entender su obra. A mí me interesó tanto la personalidad del autor como los textos que compuso. Trazaré ante vosotros un sintético apunte de lo que fue la aventura vital del creador de "1984".

Eric Blair era hijo de un funcionario colonial británico, de la aristocracia inglesa de provincias, que se hallaba destinado en la India. Se crió en el seno de una familia tradicional; fue universitario en Eton y más tarde entró en la milicia de la policía colonial de la India, donde ejerció algunos años esa función. Allí aprendió nociones de educación y disciplina militares y también conoció de cerca los problemas, los riesgos y las dificultades de habérselas con la población indígena, sometida al yugo imperial del Gobierno de Londres.

¿Cómo era Eric Blair? Físicamente, un hombre alto; desgarbado, flaco, extravagante y de una indomable independencia. Sus conocidos le tenían por un solitario extraño. Cuando empezó a utilizar el seudónimo de "*George Orwell*" se complacía en exaltar ese nombre ficticio como si le sirviera de máscara a su intrínseca y patológica timidez.

¿Cuál era su propósito como escritor? Lo dijo de un modo reiterado cuando ya había alcanzado la primera fama con sus escritos. "*Lo que más he querido —dijo— es convertir los escritos en un arte. Me considero, ante todo, un escritor político*". Eric Blair pasó, en muy pocos años, de ser considerado como un discreto escritor de segunda fila a figura de relieve mundial. Escribió poemas, novelas, ensayos, recensiones literarias, artículos periodísticos. Toda una gama de producciones a que le llevaba una rabiosa pasión de escribir. Hoy se le considera como uno de los "grandes" de las letras inglesas del siglo. Un creador literario emparejado con figuras descollantes como Bernard Shaw, Chesterton, Wells y Russell.

Y es que, en efecto, desde Jonathan Swift no tuvo la literatura inglesa un escritor político parecido, con sentido satírico, cáustico y planfletario y con el empleo de un lenguaje directo que llegaba al núcleo de la cuestión en pocas palabras.

He aquí algunos textos que representan el pensamiento de Orwell, entresacados de sus primeros escritos:

- “La libertad y la tolerancia no deben ser simples vocablos de un programa político, sino virtudes activas ejercidas por el ciudadano”.
- “Pericles decía que el coraje es el secreto de la libertad.”
- “El escritor político necesita ante todo usar un lenguaje llano y sencillo que entienda el hombre de la calle”.
- “El lenguaje oscuro o ambiguo de los políticos es signo de indecisión o de engaño. El estilo pomposo es, casi siempre, síntoma de evasión”.
- “Soy socialista; pero nunca pensé que el igualitarismo fuera la negociación de la libertad”.
- “El socialismo debe propugnar una sociedad de valores libremente profesados”.
- “Soy un laborista independiente. Y si es necesario y cuando lo juzgue oportuno haré una violenta crítica de lo que considere errores de mi propio partido”.

* * *

Otro tema importante de su pensamiento era el valor que concedía al patriotismo en política:

- “El patriotismo me parece un ingrediente importante para la cohesión de la actual sociedad británica”.
- “Soy patriota, pero no soy nacionalista inglés. Estoy rotundamente del lado de los gobiernos británicos que conducen la guerra mundial. Y me avergüenzo de quienes en Gran Bretaña se han sentido en estos años pacifistas y neutrales durante la contienda”.
- “Mi patriotismo no es ni *eduardiano* ni *jingoísta*, sino popular y revolucionario. Creo en la indivisible unidad de los conceptos de ciudadanía y de civilización”.

* * *

Orwell y su aventura española

El testimonio de Orwell es quizás el más veraz, el menos literario y dogmático que existe de los muchos que se escribieron por escritores extranjeros sobre las campañas de los primeros meses de la guerra civil española.

Es bien conocido ese episodio decisivo de su vida, relatado en el libro “*Homenaje a Cataluña*”. Eric Blair, que pertenecía al sector más liberal del laborismo

de izquierda, cercano a posiciones libertarias, fue uno de los muchos jóvenes que en Inglaterra sintieron la llamada de la aventura guerrera que en España se reñía “entre las fuerzas de la libertad y las fuerzas del fascismo”, como sostenía la propaganda de la izquierda británica. Blair no conocía el transfondo de la guerra española ni sabía nada de la política española. Acudió al combate sin ningún propósito previo, literario o periodístico. “Voy a combatir; no a escribir”, dijo a sus amigos de Londres al marchar hacia España.

Los más cercanos al sector del laborismo “libertario” de Londres eran en España los grupos anarquistas catalanes de la CNT. Y a ellos fue consignado Blair, que viajó a Barcelona, vía París. Se incorporó a un destacamento del POUM, en el que la mayor parte de sus integrantes eran anarquistas de la CNT o de la FAI. Pero el POUM era —inequívocamente— otra cosa: “El partido obrero de la unificación marxista”. Según sus enemigos comunistas, eran asimismo el instrumento político del “trotskismo” en España. Y su mortal enemigo —según esa tesis— no estaba precisamente en las trincheras del adversario nacionalista, sino en los mandos comunistas de la propia Barcelona, guiados por la herejía trotskista. Salió Orwell hacia el frente de Aragón. Su relato puntual y sobrio, descarnado y realista, está confirmado en sus detalles por sus compañeros de armas. No hay apenas en su diario de campaña descripción de acciones de guerra. Y sí, en cambio, el espectáculo de una total desorganización militar. Faltaban municiones, fusiles, sanidad, transporte y alimento suficiente. Y abundaban, en cambio, el hambre, el frío, la suciedad, los piojos y las ratas. Orwell, “el inglés estrafalario” y valeroso, era para sus camaradas milicianos buen compañero; una especie de gigante de zarzuela cómica; vestido con un extraño uniforme, medio de scout-boy, medio de oficial de policía colonial de la India.

* * *

Existían entonces en el campo republicano dos tesis contrapuestas. La tesis de “*la guerra en primer lugar*”, era de inspiración soviética y se apoyaba en una situación de lucha que no se podía ignorar. En España no había un gobierno de la República, comunista o socialista, sino un gobierno del “Frente Popular”, con un sector de partidos republicanos burgueses incluido en él. La URSS pensaba que una fachada marxista revolucionaria con exclusión del republicanismo del “Frente Popular”, causaría una pérdida total de imagen de la causa del gobierno de la República en Londres, París y Washington, con notoria ventaja para el bando nacional y de sus aliados.

No sabía Eric Blair cómo marchaba la guerra civil en su conjunto. Quería ir al frente de Madrid porque le aburren las trincheras inactivas. Pero se entera de que las brigadas internacionales, que ya están en Madrid, se hallan contro-

ladas por elementos comunistas ortodoxos, lo que le hace desistir del traslado. En el boletín del POUM que les llega de Barcelona, se enteran con enorme sorpresa e indignación de las purgas feroces que lleva a cabo el “Stalinismo” en Rusia. Es decir, de los fusilamientos, en masa, de la cúpula militar soviética, ordenados por el dictador. Y oye decir a sus compañeros que los comunistas de Barcelona quieren eliminar del mismo modo a los “trotskistas”, como “traidores” a la causa de la Unión Soviética y de la revolución social.

En ese período de solitaria y aburrida vida de trinchera empiezan para Eric Blair sus dudas y sus meditaciones políticas. “Pravda” anunció—según decía la prensa de Barcelona—que muy en breve empezaría en Cataluña un “purga” de elementos trotskistas y anarquistas. Había, como hemos dicho, dos tesis doctrinales contrapuestas en el espectro de la izquierda combatiente durante la guerra civil. “Ganar primero la guerra y hacer luego la revolución”, era la tesis de los comunistas y también el criterio de Orwell y de Willy Brandt, que se entrevistó con Orwell, en Barcelona, durante un permiso de éste, después de cinco meses de frente. La postura de los anarquistas era la contraria: hacer la revolución primero y ganar la guerra después.

Mientras estaba Blair en Barcelona de permiso, en mayo de 1937, estalló la sublevación del POUM, unida a los grupos anarquistas, contra el mando comunista, que se hallaba instalado en la Telefónica. Duraron los combates siete días y causaron cerca de medio millar de muertos y un millar de heridos por ambas partes. La prensa comunista, de fuera y de dentro de Europa, *“inventaron entonces la historia”*, como ocurre en la novela “1984”. Unos supuestos agentes italianos y alemanes habían invadido, clandestinamente, la Barcelona roja con el plan de organizar un “putsch” con ayuda de los trotskistas del POUM y de los anarquistas de la CNT. Desembarcarían después unidades militares italianas y alemanas para ocupar la ciudad. “Hay que exterminar a estos traidores sin piedad”, decía en sus declaraciones el secretario general del PCE, José Díaz. Los “traidores” eran los amigos y camaradas de Eric Blair.

* * *

Profundamente impresionado por el terrible y desconcertante episodio, y al contemplar la manipulación de las noticias con falsedades, totalmente inventadas, vuelve al frente de Huesca, en mayo de 1937, Eric Blair. Recibe a los pocos días un tiro en el cuello, a dos milímetros de una arteria vital. Sale evacuado a un hospital de Barbastro y después acaba su convalecencia en un sanatorio marino. En la capital catalana se organizan en esos días las venganzas y las persecuciones implacables contra el POUM y los anarquistas vencidos en la revuelta. Muchos de sus compañeros de unidad habían sido arrestados y detenidos.

Eileen, su compañera, que había acudido desde Londres al conocer la noticia de su herida, le ayudó a romper papeles, documentos y mapas que guardaba en la habitación de su fonda, temiendo por su detención inminente. Boll Smilley, de la izquierda laborista, compañero venido de Londres, había sido apresado en Valencia y nunca se supo más de él. Pidió Blair la baja en la unidad por hallarse convaleciente todavía. Abandonó el hotel y durmió en cuartos y pensiones de ocasión, hasta que el cónsul británico les consiguió el salvoconducto para coger el tren de la frontera francesa. La policía registraba mientras tanto el cuarto de Eileen en el hotel. La última noche la pasaron ocultos en las ruinas de una iglesia de Barcelona que había sido incendiada en los primeros días de la revolución. Salieron de la ciudad cuando les llegó la noticia del asesinato de Andrés Nin, que era amigo de ambos. Dejó Nin un testamento explicando los motivos de su lucha frente al "stalinismo". Este trágico episodio debió inspirar a Orwell para crear el personaje llamado "Goldstein", que también legó un testimonio escrito, antes de desaparecer a manos de la máquina despótica y torturadora regida por el "Big Brother" en la novela anticipadora.

* * *

Llegó de regreso a su casa de campo de Wallington, en Inglaterra, y empezó a escribir inmediatamente su "Homenaje a Cataluña" como una simple crónica de la guerra civil de España. El libro tuvo un eco relativamente escaso, porque en aquel año ya estaba encima el estallido de la guerra mundial, que cambia también drásticamente el curso de su vida y su actitud política. Se ofrece Blair a trabajar de locutor de radio en la "British-Broadcast", de 1941 a 1943. Empieza a redactar en 1943 su "*Animal Farm*", especie de fábula utópica en la que se preludian los grandes temas de "1984". Pero antes habrá lanzado su panfleto "The lion and the micorn", "un escrito iluminado del patriotismo revolucionario de un pueblo en guerra", en opinión de Pritchett.

* * *

En 1945 ya era Blair famoso en el mundo de las letras y reconocido, cada vez más, como un extraordinario escritor del habla británica. Había permanecido fiel al laborismo, pero mantenía dentro de él una actitud crítica permanente, acentuando el sentido liberal y ético, que a su juicio debía adoptar el socialismo inglés. Creció al mismo tiempo su prestigio y popularidad en el sector intelectual y los magnates del periodismo cultivaron su amistad, y entre ellos el famoso Lord Astor, el hombre clave de los medios de comunicación de la época.

La salud de Blair era cada vez más precaria. Parecía, sin embargo, ignorar el peligro inminente que suponía padecer una tisis crónica con brotes periódicos

de gravedad y tratamientos insuficientes. Fue rodando de sanatorio en sanatorio, sometido a curas poco eficaces y mal llevadas por él. Pero su pluma y pensamiento no descansaban. Empezó a redactar el texto de “1984” en 1947 y lo continuó en 1948, pensando en jugar con las cifras de ese año para dar el título a la obra. La sátira o “utopía en forma novelada”, como la llamó, apareció en junio de 1949 en Londres, en una primera edición de 25.000 ejemplares. Su éxito de venta y de crítica fue fulgurante en Londres, en París y en los Estados Unidos. Aldous Huxley, Lawrence Durrell, Bertrand Russell, John Dos Passos, entre otros, hablaron del libro en entusiasmo. La prensa comunista lo calificó inmediatamente de panfleto antisoviético y le llamó a Orwell “lunático”, pensando seguramente con intuición anticipadora en el remedio de los sanatorios psiquiátricos. Pero los pocos ejemplares del libro que atravesaron el telón de acero causaron enorme impacto en los relativamente escasos y secretos lectores de la Rusia amordazada y de la Europa del Este ocupada.

En Estados Unidos, “Time”, “Life”, “Wall-Street Journal” y la prensa más conservadora quisieron presentar la novela como un pronóstico de hacia dónde llevarían los partidos socialistas en el poder a la Europa occidental. Orwell reaccionó publicando un famoso desmentido. “Yo no he pronosticado —escribió— lo que ocurrirá dentro de cuarenta años en el Occidente. Lo que he hecho es prevenir y advertir que eso ‘podía ocurrir’ si no se tomaban las precauciones necesarias. Mi libro no es sino una parodia de índole política. El peligro verdadero está en que tanto el socialismo como el capitalismo liberal, llevados por el engranaje de prepararse para una posible guerra total con la URSS, y apoyados en el monopolio de la bomba atómica, puedan verse arrastrados a crear un Estado que tenga como consecuencia el ir creando aspectos totalitarios en la forma de ejercer el poder. Para que no ocurra eso, yo escribí este libro: Su mensaje podía resumirse diciendo: *No permitáis que ello ocurra. Depende de vosotros*”.

Es evidente que Orwell pensaba —y así lo dijo— que en la hipótesis de una gran tensión internacional futura y permanente, el “INGSOC”, es decir, el bloque angloparlante de “OCEANA” en que se dividiría el mundo frente al bloque “Eurasia”, se corría el peligro de que un Estado regido por el laborismo inglés abandonara la tradición liberal de sus líderes históricos —Attlee, Cripps, Bevan— y que el núcleo juvenil más izquierdista del partido ocupara el poder y se sintiera atraído por la “tentación totalitaria” del Este.

* * *

Orwell había escrito su obra maestra mientras la vida se le iba a chorros. Se ha dicho, con razón, que el libro “1984” fue al siglo xx lo que el “Leviathan”,

de Hobbes, fue al siglo XVII, en su célebre justificación del poder autocrático de las Monarquías absolutas de su tiempo. La parodia del poder totalitario en el mundo novelístico de Orwell puso en guardia a toda una generación sobre el riesgo de que si esa filosofía se imponía en el mundo, los otros valores de la vida, la libertad, la fraternidad, la justicia social, la libertad de expresión, la fe en la decencia moral del ciudadano medio, el amor a la naturaleza, el patriotismo, perecerían definitivamente. También fue esencial en su obra su descubrimiento de que el poder total “no necesitaba de ideología alguna para justificarse, pues el ejercicio del poder absoluto se justificaba a sí mismo”.

* * *

“1984” es una obra cumbre de filosofía política; un modelo imaginario y utópico. Y una síntesis—maliciosa y magistral—del nazismo y del stalinismo a la vez. Orwell imitó a Hobbes en la crítica que éste hizo de la política de los Estados en el XVIII, presentando ante el lector los males que se derivarían de una quiebra del buen gobierno de la autocracia y el consiguiente retorno a la vida anárquica de la naturaleza, con el hombre convertido en fiera para con los demás hombres. Hobbes es el anti-Rousseau. Orwell anuncia los males que se seguirían si, desaparecidos los principios del buen gobierno democrático—libertad, tolerancia y seguridad social—y establecido el principio del poder omnímodo en manos de una minoría dogmática y fanática, se acabaría desembocando en un tipo de Estado cuya imagen podía representarse con una bota pisando el rostro de un hombre. “Serían los pueblos con sociedades sin memoria, con historia inventada y un lenguaje de poder manipulado en su forma y contenido”. Una nueva estafa semántica a la que denominaba irónicamente la “nueva lengua”.

Pero Orwell no era un filósofo, sino un escritor, y así lo proclamó muchas veces. Por eso utilizó el instrumento de la novela simbólica y fantástica, para exponer, satíricamente, la hipótesis de lo que esperaba a una humanidad futura en manos de cualquier tirano o cualquier forma de totalitarismo.

* * *

Orwell, desde su aventura española del 36-37 en Cataluña y Aragón que antes he comentado, empezó a identificar los cada vez más evidentes elementos comunes que existían entre el stalinismo y el nazismo, aunque hubieran sido regímenes adversarios en la segunda guerra mundial. El sistema del manejo del poder, como instrumento de la violencia, dirigido por una “élite” de fanáticos, que exigirían una situación de movilización permanente de la sociedad, como si existiera un estado de guerra total y perpetuo, era muy semejante en su es-

estructura funcional en las dos monstruosas experiencias de nuestro siglo europeo. Curiosamente, entre los años 1936 y 1950, aparecieron otras parecidas a la de Orwell; ensayos y libros en los que se apuntaban criterios semejantes. Textos de Arturo Koestler, de Ignacio Silone, de André Malraux y de Borkenau, entre otros. Pero el vocablo “totalitarismo”, como concepto y doctrina, no se hace presente en el terreno académico-especulativo hasta la década de 1950, en que Hannat Arendt y Friederich-Brezzinski, en sus obras respectivas, “*Orígenes del totalitarismo*”, de 1951, y “*Dictaduras y autocracias totalitarias*”, de 1950, utilizan el término por primera vez. Pero ya había muerto para entonces Eric Blair.

Donde Hobbes y Swift fueron supremos estilistas de la prosa política inglesa, en sus respectivas épocas, Orwell es sólo un fluido y sugestivo escritor que rinde tributo al «sentido común», partiendo de la base de que está muy extendida su vigencia entre los eventuales y numerosos lectores a los que se dirige.

Se ha dicho con reiteración que “1984” es “una profecía anticipadora”. Es más exacto decir que fue una “advertencia angustiada” de lo que podría ocurrir.

* * *

Orwell acabó siendo una contrafigura inventada de Eric Blair. Alguien ha dicho que incluso quería ser una imagen literaria de sí mismo. No me parece ello probable. Eric Blair era un laborista crítico, inquieto y preguntón; le gustaba ridiculizar en público los excesos doctrinales de su propio partido; los lados infantiles y puritanos de ciertas autoridades, y las “necesarias mentiras” que todo partido suele utilizar en sus campañas electorales. Pero él mismo se hizo, a veces, esta pregunta: ¿Soy don Quijote o Sancho Panza en mis campañas literarias?

* * *

Murió Eric Blair en un sanatorio antituberculoso de Londres —poco después del grandioso éxito final de su libro—, el 21 de enero de 1950, a los cuarenta y seis años de edad. “Este hombre joven, solitario, decente, amable, indignado, extravagante, que fue la conciencia moral y política de su generación”, escribió Pritchett en su comentario necrológico. Fue enterrado en el cementerio de la Iglesia anglicana de Sutton Courtenay, porque así lo había pedido en el testamento. El millonario y magnate de la prensa británica Lord Astor, que era su amigo, arregló el sepelio confesional de este gran intelectual de la izquierda británica, que era escéptico y agnóstico y no pertenecía a ninguna iglesia. Alguien, con sentido historicista, recordó que Hobbes, un ateo público y notorio, recabó también de su amigo y protector, el Duque de Devonshire, que le enterrasen en sagrado, en el siglo xvii.

El último testimonio escrito de Orwell conocido es la noble afirmación de su profunda vocación de escritor. Es un texto emocionante y sencillo. “Cuando me siento a escribir —dice— es, en general, para denunciar una falsedad o para llamar la atención sobre un problema. Pero no podría escribir un libro o incluso un artículo, si no fuera para mí, también, una experiencia estética. Cualquiera que haya leído mis escritos políticos habrá observado que añado a la dialéctica usual de los líderes gobernantes una serie de aspectos que el político puro consideraría superfluos. No quiero perder la visión del mundo de mi infancia. Mientras viva y aliente, seguiré apasionadamente interesado en cuidar el estilo de mi prosa. Amaré la superficie de la tierra. Acariciaré los objetos cotidianos que uso y las miles de notas de información superfluas que conservo en mis archivos. No podré suprimir esos aspectos de mi ser. El esfuerzo de cada día consiste para mí en hacer compatibles mis simpatías o rechazos personales, que son muchos, con las actividades públicas, no individuales, a que nos obliga forzosamente el tiempo en que vivimos”.